

JOSE MARIA ROSA

HISTORIA ARGENTINA

**ORIGENES DE LA ARGENTINA
CONTEMPORANEA**

EL BIBLIOTECOM

**TOMO XII
DECADA INFAME
(1932-1943)**



EDITORIAL ORIENTE S.A.

BUENOS AIRES

EL BIBLIOTECOM

Queda hecho el depósito
que previene la Ley 11.723
© 1992 by
EDITORIAL ORIENTE S. A.
COCHRANE 2848
BUENOS AIBES

EL BIBLIOTE.COM

MCMXCVIII Editorial Oriente s.a.
I.S.B.N. Tomo 12: 950-9048-42-9
O. Cl.: 950-9048-03-3

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11.723
Impreso en España

VI GOBIERNO DE JUSTO (1932-1938)

1. 1932, el año terrible.
2. En las provincias (1932-1934).
3. La abstención radical.
4. El Estatuto del Coloniaje.
5. El despertar del patriotismo.
6. Fraude patriótico.
7. Conspiraciones «nacionalistas».
8. Elecciones presidenciales.

1. 1932, EL AÑO TERRIBLE

Elecciones de concejales en Buenos Aires (10 de enero de 1932)

Al llamar a elegir autoridades nacionales para el 8 de noviembre, se había omitido, inexplicablemente, elegir el Concejo Deliberante de la capital. Realizadas las elecciones generales, se subsanó la omisión para el 10 de enero de 1932, convocándose a elegir los treinta concejales que la ley municipal daba a la ciudad.

Como era de prever, la mayor parte de los votos fueron al socialismo, que llegó a 95.111, correspondiéndole el mayor número de concejales. No llamó la atención que el pintoresco Genaro Giacobini con su partido Salud Pública sacara más votos que los dos comités en que se había dividido el radicalismo antipersonalista, ni que los demócratas nacionales sobrepasaran a los socialistas independientes, ni el desastre demócrata progresista que arañó apenas un concejal por menor residuo (Julio González Iramain).

Resultado:

Socialistas: doce concejales. Demócratas nacionales: cuatro. Socialistas independientes: cuatro. Salud Pública: tres.

Radicales del C. Nacional: dos.

Radicales del comité de Talcahuano: dos.

Demócratas progresistas: uno. Concentración Obrera: uno. Partido Popular (católico): uno.

El partido demócrata progresista desapareció a poco, y su concejal se incorporó al socialismo; también, trabado por disidencia entre sus tres representantes, desapareció el Salud Pública.

Iniciación (20 de febrero de 1932)

La transición de un gobierno militar a otro civil fue recalcada por Justo. La campaña política se hizo a favor del «general e ingeniero civil Agustín P. Justo». No quiso que el 20 de febrero se realizase el desfile militar proyectado por Uriburu. Se presentó a la ceremonia en traje civil; y en sus palabras al agradecer las insignias de mando llamó, y por dos veces, *ciudadano general* y *simple ciudadano de la República*, a Uriburu. Con Justo prestaron juramento sus ocho ministros:

Interior: Leopoldo Melo, abogado, entrerriano, empresario de su candidatura entre los radicales del Castelar.

Relaciones Exteriores: Carlos Saavedra Lamas, abogado, porteño, ex ministro de Plaza.

Hacienda: Alberto Hueyo, abogado, porteño.

Instrucción Pública: Manuel de Iriondo, abogado, santafesino, ex ministro de Figueroa Alcorta; acababa de ser derrotado como candidato antipersonalista a gobernador de Santa Fe.

Obras Públicas: Manuel Alvarado, abogado, salteño, demócrata nacional; había sido interventor de Uriburu en Buenos Aires.

Agricultura: Antonio de Tomaso, abogado, porteño, jefe del socialismo independiente.

Guerra: coronel (después general) Manuel A. Rodríguez, comandante de la II División (Campo de Mayo).

Marina: capitán de navío (más tarde contralmirante) Pedro S. Casal.

Uriburu puso en manos de Justo el proyecto de reformas constitucionales: «Vuestra elección para la primera magistratura del país ha facilitado a mi Gobierno la solución de este importantísimo asunto, que de otro modo lo habría obligado, como fue su intención, a presentar y someterle al Parlamento, antes de hacer entrega del poder. Este pliego simplemente cambia de manos...». Justo lo recibió displicente y sonriente. En su discurso inicial había recalcado que «la revolución como fuerza y como régimen desaparecerá totalmente».

Dicen los periódicos que al salir Uriburu de la Casa de Gobierno por la puerta de Rivadavia, «una compacta muchedumbre esperaba al general (...). Grandes aplausos y aclamaciones se oían (...). Varios destacamentos de fuerzas militares rodeaban al automóvil del ex presidente, quien ante la imposibilidad de marchar debió abandonar el vehículo y aceptar que fuera a pie (...); la muchedumbre lo coreaba estruendosamente. Así recorrió el trayecto prefijado hasta su domicilio»¹.

El mismo día emitió Justo dos proclamas: una dirigida al «ejército y la armada» y la otra al «pueblo».

El retorno de la normalidad permitirá al ejército y la armada —dice la primera— «continuar desempeñando las altas misiones que corresponden», para cuya «máxima eficiencia (...) se exige que sean apartadas en absoluto de toda función ajena a sus funciones».

«Mantengo todas mis declaraciones de candidato —la segunda—. Afirmaré el triunfo de la libertad en el orden (...) para asegurar el ejercicio de todos los derechos (...), prosperar todas las sanas iniciativas (...), libertad que no tolera las opresiones, las tiranías del capitalismo o del obrerismo (...). He de respetar, como lo he jurado, la Constitución y las leyes (...), asegurar la autonomía de las provincias (...), no he de desmayar hasta dar al sufragio la pureza que debe poseer».

En los cargos de responsabilidad fueron designados:

Intendente de Buenos Aires: Rómulo S. Naón, antiguo embajador en los Estados Unidos de Sáenz Peña (mantenido hasta 1918 por Yrigoyen). Radical bernardista en su juventud, había reivindicado la militancia radical incorporándose al grupo dirigente del Castelar.

Director general de Vialidad: el ingeniero Justiniano Allende Posse. La construcción de caminos pavimentados, iniciada tímidamente por Uriburu, era uno de los propósitos —y fue un logro— de Justo.

Administrador de los ferrocarriles del Estado: el ingeniero Pablo Nogués, unido por íntima amistad con el presidente.

Potash, informado por el ex secretario de Justo, Miguel Rojas, y el doctor Manuel Orús, de su amistad, dice que el «círculo de asesores íntimos del presidente» —se entiende en cuestiones políticas— estaba formado por los ministros coronel Rodríguez y De Tomaso y los ingenieros Allende Posse y Nogués². La muerte de los dos primeros (De Tomaso en 1933 y Rodríguez al principio de 1936) no lo redujo a los dos ingenieros, pues también gozarían de su privanza política el doctor Mariano de Vedia y Mitre, sucesor en 1934 de Naón en la Intendencia de Buenos Aires y Miguel Ángel Cárcano, reemplazante de De Tomaso en el Ministerio de Agricultura.

¹*Criterio*, 24-II-1932. Las pruebas de la popularidad de Uriburu (que no cubría la impopularidad de su equipo gobernante), son muchas. Tenía lo que hoy se llama «carisma», se compartiera o no su acción. No exageran sus

partidarios al recordar el hecho. Carlos Ibarguren, tan medido en sus juicios, dice en *La historia que he vivido* que «al retirarse de la Casa Rosada fue objeto de una apoteosis por el pueblo que lo aclamaba (ed. Peuser, Buenos Aires, 1955, p. 439); Federico Ibarguren menciona las «delirantes aclamaciones populares, inesperadamente multitudinarias, que le impedían avanzar a pie al retirarse de la Casa de Gobierno» (*Orígenes del nacionalismo argentino*, ed. Celsius, Buenos Aires, 1970, p. 91); Roberto de Laferrere: «Fue magnífica e inolvidable, la reproducción del 8 de septiembre a la tarde. ¡Todo Buenos Aires en la calle! (...). La muchedumbre siguió a Urriburu hasta la casa de la calle Viamonte...» (ibídem, p. 91).

² R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina 1928-1945* (ed. sudamericana, traduc. Buenos Aires, 1971), p. 125.

Manifestaciones radicales (febrero)

Urriburu no quiso dejar a Justo que hiciera mérito con los radicales indultando a Yrigoyen. Lo hizo él el 19 de febrero, víspera de dejar el Gobierno. Yrigoyen rechazó «ese acto de gracia que ni ha impetrado ni necesita», pero no obstante, fue embarcado con su hija y secretaria en el guardacostas *Independencia* que lo dejaría en Buenos Aires al anochecer del 20. En coche oficial fue llevado a casa de su sobrino Luis Rodríguez Yrigoyen, calle Sarmiento esquina Carabelas, que será el último domicilio del anciano.

En la noche del 20 no se ha levantado todavía el estado de sitio, pero hay manifestaciones radicales. Ha trascendido el arribo de Yrigoyen y algunos grupos se acercan a la casa; el ex presidente agradece desde un balcón. Pocos periodistas consiguen entrevistarlos. Reservado y desconfiado, no tiene palabras de condena ni de aprecio.

Grupos radicales manifiestan por las calles centrales con banderas que les dieron en el comité de la calle Victoria. No hay vivas a Yrigoyen, sí al partido radical. Silbidos al cruzar ante *Crítica* en la avenida de Mayo, que ha reaparecido esa tarde agresiva contra «la tiranía», tal vez en recuerdo de la *Crítica* del 6 de septiembre; intentos de quemar *La Montaña* y *Última Hora*, diarios oficialistas, que agentes (de civil) consiguen evitar; piedras contra *La Fronda* y el *Jockey Club*. Los radicales quieren volver «a ganar la calle». Por orden del presidente ningún policía uniformado los molesta; pero vigilan y controlan discretos agentes sin uniforme. Algún incidente con uriburistas, donde se disparan revólveres, es cortado con premura. *Crítica* dirá que «los legionarios asesinan a los radicales». No hay heridos ni «demorados». El 21 y 22 los radicales seguirán dueños de la calle, aunque no se ha levantado el estado de sitio.

El 23 se levanta y son puestos en libertad los detenidos políticos; a la tarde llegan de Montevideo los exiliados. Se les preparó una recepción que culminará en un mitin nocturno ante el monumento de Alem en el Retiro. Hablan Güemes, Pueyrredón, Ricardo Rojas, Tamborini (Alvear, malograda su candidatura, ha preferido, en noviembre, volverse a París).

Llama la atención que no haya policía, a lo menos uniformada, pues el entusiasmo radical es peligroso. «¡A quemar *La Fronda!*» corea la multitud.

Pero la policía sabe que los jóvenes de la Liga Republicana están atrincherados en *La Fronda* con armas largas en previsión de lo que pueda producirse.

Se dirá, después, que fue una manera del presidente para acabar por manos de otros con las manifestaciones radicales.

Terminado el mitin, incitados por provocadores algunos radicales provistos de bidones de nafta van a quemar *La Fronda*, en Florida entre Corrientes y Lavalle. No hay policía. Como el local está a oscuras, lo suponen vacío. Apenas se acercan, son recibidos con descargas de armas largas. Dos muertos y más de cincuenta heridos.

Sólo entonces aparece la policía. Detiene a los defensores de *La Fronda*, que alegan haber obrado en «legítima defensa». Un sumario que no llega a cincuenta días, así lo reconocerá, y los sobresee.

No habrá más manifestaciones radicales. No puede imputarse a Justo, que no las ha prohibido.

Las Fuerzas Armadas

La tradición profesional de la Marina no dejaba exteriorizar simpatías partidistas. Los marinos no se consideraban políticos, y no lo eran en la acepción común del término. Aunque predominaba en ellos, por prejuicio de superioridad social, un sentimiento antirradical.

El ejército también era «profesional», y el coronel Rodríguez —«profesional» por excelencia— trataba de afirmarlo. Ya hemos visto el pensamiento del capitán Perón en febrero de 1931 sobre la necesidad de «multiplicar las tareas»³, y el parecer del teniente coronel Zuloaga para despolitizar el arma⁴. El ministro de Guerra «acentuó deliberadamente los diagramas de entrenamiento diario»⁵.

Lo que no impedía sus tendencias, la más importante, sino por el número por la capacidad y decisión de sus componentes, era el *uriburismo* representado principalmente por el teniente coronel Juan Bautista Molina de prestigio entre los oficiales jóvenes; después el *legalismo* de posición democrática y acercamiento a los radicales, cuya figura principal fue el general de división Ramón Molina (ningún parentesco con Juan Bautista).

Justo se manejó con equilibrio. Hizo al general Ramón Molina jefe de Estado Mayor, y dio cargos y ascensos equitativamente a *uriburistas* y *legalistas* que se vigilaban unos y otros equilibrándose en sus propósitos de influir en el ejército⁶.

Una buena vigilancia fue empleada personalmente por Justo para protegerse de las conspiraciones militares. Por su secretario Miguel Rojas había montado una oficina, donde colaboraba el personal militar de informaciones y la policía de la Capital Federal: se interceptaban las líneas telefónicas, vigilaban las entrevistas de militares con políticos. Esto, y las promesas de traslados o ascensos, les servían para anular a los posibles enemigos, y en casos necesarios, arrestarlos o retirarlos de las filas.

Raramente llegaba a los medios directos. Prefería valerse de los indirectos: a los *legalistas* más próximos a los radicales, los contentaba con promesas de amnistía para los militares castigados por Uriburu; que no se cumplieron tal vez porque los radicales mantuvieron en 1932 y 1933 una actitud revolucionaria. A los *uriburistas* les concedió el mantenimiento de la Legión Cívica y permitió instruirlos en los cuarteles. Obró con tino: los últimos legionarios (el cuerpo fue disminuyendo cualitativa y cuantitativamente) acabaron por apoyar la política presidencial.

Uriburu no había hecho ascensos en los grados que requirieran acuerdo del Senado (coronel y capitán de navío, para arriba) por respeto a la ley militar. Es posible que fuera uno de los motivos para que los jefes se mostrasen tan deseosos de la «vuelta a la normalidad»⁷.

Producidas las elecciones y convocado el Congreso, Uruburu mandó al Senado una lista de ascensos. Fue modificada por Justo, reemplazándola por otra de 43 nombres que incluía uriburistas, legalistas y «miembros del grupo Justo»⁸.

³ Carta de Perón al general Sarobe, en J. M. Sarobe, *Memorias sobre la revolución del 6 de septiembre de 1930* (ed. Gure, Buenos Aires, 1958), p. 205.

⁴ Carta de Zuloaga a Sarobe en *ibídem*, p. 209.

⁵ R. A. Potash, *El ejército...*, p. 135, que reproduce diagramas, de labor suministrados por el coronel Orona. Comenta Potash a propósito del mensaje de Justo y Rodríguez a las Fuerzas Armadas al día siguiente de ocupar el Gobierno: «Se necesitaba más que palabras para mantener a los militares apartados de la política» (p. 123).

⁶ Muchos oficiales uriburistas fueron alejados de Buenos Aires con cargos en el extranjero: Juan Bautista Molina será jefe de adquisiciones en Europa; los edecanes capitán Oscar Silva y mayor Mendioroz agregados militares en Bélgica y Francia, el teniente coronel Pedro Ramírez en Italia, el de igual clase Alberto Gilbert en España, el mayor Beretta en Inglaterra, etcétera. Del mismo procedimiento se había valido Uruburu para alejar al incómodo Sarobe enviándolo a Japón.

La Escuela Superior Técnica creada por el teniente coronel Manuel Savio (de simpatías uriburistas) durante el Gobierno de éste, será ampliada por Justo manteniendo a Savio en su dirección.

⁷ Potash, *ob. cit.*, pp. 135-136. Las conexiones y el archivo secreto fueron un instrumento político, aún después de dejar Justo la presidencia. Su secretario el teniente Rojas destruyó el archivo después de su muerte en 1943, dice Potash.

⁸ Potash, *ibídem*, p. 136.

La desocupación

La crisis mundial de 1929 llegó a su clímax en 1932. La violenta caída de los precios en los productos exportables (carne, cereales, lino, lanas) había repercutido en toda nuestra economía. No había dinero, no había trabajo, no había ni siquiera comida. Tanto en la ciudad como en el campo ⁹.

»No estábamos acostumbrados los jóvenes argentinos a ese espectáculo —describe Juan José Real la crisis de 1932—; habíamos experimentado algunas dificultades en nuestros hogares durante la primera guerra mundial cuando comprábamos azúcar en las comisarías y cuando apareció el "pan radical".

»Pero no conocíamos, por lo menos en los alrededores de las grandes ciudades, ni la desocupación en masa ni el hambre; no la escasez o la penuria sino el hambre, literal, desnudo. Vimos aparecer en Puerto Nuevo una inmensa aglomeración de algo que no podríamos llamar, como hoy, "villas miserias", ni ranchos, ni ninguna forma de vivienda por humilde que fuera. Era una especie de tabucos, unas chozas misérrimas que se extendían por cuadradas y cuadradas. Vimos aparecer por debajo de los puentes de esos ramales que atravesaban Avellaneda desde Puente Alsina a Dock Sur, masas de hombres sin trabajo y sin pan, que durante el día deambulaban por la ciudad solicitando trabajo o ayuda.

»La lucha por el trabajo adquiría formas degradantes. Desde las doce de la noche largas colas se formaban junto a *La Prensa* para arrebatar los primeros ejemplares y correr luego, como locos, para llegar primero al lugar en que se solicitaba mano de obra. En Avellaneda se abrieron oficinas donde se ofrecía trabajo a cambio de una paga que muchas veces comprometía meses y meses de salario. Y la puja era por quién pagaba más por un trabajo temporario a dos o tres pesos por día.

»Llegaron a instalarse "ollas populares" donde los desocupados hacían cola con sus tachitos de lata esperando una sopa lavada (...). El hambre se retrataba en los rostros, en la ropa. Y se traducían en la enfermedad-plaga, en el azote de Dios, la tuberculosis (...). Millares y millares de muchachos se "salvaban" del servicio militar por falta de peso, de capacidad torácica, por raquitismo. Jefes militares estudiosos se sorprendieron de ese fenómeno y escribieron alarmantes artículos en revistas y diarios» ¹⁰.

El Departamento Nacional del Trabajo informó de 15.372 obreros desocupados en 1930, que se elevan en 1931 a 50.132, y en 1932 a 333.997 ¹¹. No es un índice de la desocupación. Scalabrini Ortiz cree que el Departamento de Trabajo «se hubiera aproximado más a la realidad, diciendo que ese era el número de argentinos que trabajan con provecho. Este censo fue levantado por la policía que fue de puerta en puerta indagando la existencia de haraganes obligados, que todos negaban por temor a que quisieran encarcelarlos (...). No es exagerado suponer que hoy pululan más de tres millones de hombres inactivos que vegetan perseguidos por la policía, la crítica de los diarios y la más indigna miseria» ¹². Son muchos los obreros que no se valen del Departamento para gestionar empleos, y no se incluyen a los pertenecientes a la clase media, ni los obreros del interior.

⁹ En 1932 intervine como juez de instrucción de la provincia de Santa Fe en dos casos que tuvieron en su hora, bastante resonancia. Se trataba de paisanos, padres de familia sin antecedentes penales, que por encontrarse sin trabajo, y no habiendo encontrado liebres ni otros animales silvestres con los que habitualmente daban de comer a los suyos, carnearon un ternero dejando su cuero en el alambrado para no perjudicar más al patrón. Remitidos a Santa Fe y contra la opinión del fiscal que calificó de abigeato el hecho, resolví que el hurto «en estado de necesidad» no era punible, pues sobre el ternero coincidían dos derechos: el de propiedad de su patrón, y el de la vida de quienes se apoderaron de él; y la sociedad debía dar preeminencia, en este conflicto de derechos, al socialmente más importante. Fue un escándalo, pero el Superior Tribunal confirmó mi resolución, que sentó jurisprudencia (reprod. en mi libro *Más allá del código*, ed. propia, Santa Fe, 1933).

¹⁰ J. J. Real, *30 años de historia argentina* (ed. Actualidad, Buenos Aires, 1962), p. 35.

¹¹ *Criterio* núms. 205 de febrero de 1932 y 271 de marzo de 1933.

¹² R. Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata* (ed. Reconquista, Buenos Aires, 1940), p. 194.

Muerte de Uriburu. Manifestación callejera (mayo y junio de 1932)

Uriburu había ido a París, apenas dejada la presidencia, para operarse su grave enfermedad. Murió, durante la operación, el 21 de abril.

El Gobierno y ambas Cámaras decretaron los honores correspondientes. En el Senado, Palacios, que había sufrido prisiones durante su Gobierno y que se declaró públicamente su enemigo, adhirió al homenaje («Yo no puedo odiar a un cadáver...»). La excepción la dio De la Torre, que abandonó el recinto para no ponerse de pie por quien había sido su amigo.

El entierro, un mes más tarde, el 27 de mayo, fue una agresiva manifestación contra el Gobierno. Después del sepelio oficial encabezado por Justo y siete de sus ministros (De Tomaso consideró prudente no ir), numerosos jóvenes, algunos con uniformes, otros sin ellos, se apoderaron de la calle «¡revolución! ¡Revolución!». La policía, desconcertada por los uniformes o con expresa orden de no comprometerse, los toleraría.

Corren tiempos de fervor juvenil. Un estudiante, Federico Iburguren, escribe en su diario el 10 de junio: «Grupos de jóvenes se reúnen a diario en sus casas, en los clubs, en todas partes y conversan de política con entusiasmo y pasión, sacudiendo sus prejuicios liberales... Se diría que estamos asistiendo a la víspera de algo importante» y el 14: «El repudio por la política rastrera de Justo a base de mentiras, promesas y traiciones, está haciendo crisis»¹³.

¹³ F. Iburguren, *Orígenes del nacionalismo...*, cit. p. 13.

Inquietudes en la opinión

El Gobierno de Justo no contentaba a nadie. Desde luego tenía la oposición de los radicales que en abril reunieron su convención nacional, pese a las protestas de las figuras «mayores» que querían esperar el regreso de Alvear anunciado para julio, y por presión de los más jóvenes (*el movimiento de la continuidad jurídica y política*) había desconocido como ilegal el Gobierno de Justo «autoridad de fuerza creada al margen de la constitución y la ley», y dispuso la reorganización del partido entre gritos de ¡revolución! ¡Revolución!

En la Argentina de 1932 se esperaba «algo» pero nadie podía decir con precisión qué sería... ¿La restauración del radicalismo?... Entiende Ernesto Palacio que el partido debió «ponerse al frente de la voluntad de resistencia»¹⁴, pero si no faltó el propósito revolucionario en algunos de sus jefes militares, no hubo armonía entre ellos. ¿Tal vez cuando llegase Alvear?... El Gobierno de Justo descontentaba a todo el mundo menos a su círculo de amigos íntimos. Políticamente, sólo tenía a su favor su habilidad. Los demócratas nacionales que lo aceptaron a regañadientes, pues hubieran preferido a Patrón Costas o Roca, protestaban porque había dejado a Cantoni en San Juan y permitía que los jóvenes de la Defensa Provincial de Tucumán («comunistas de frac y apellido») descargaran los gastos públicos sobre los propietarios de ingenios; los antipersonalistas desgarrados por el cisma de los entrerrianos no se conformaban con la eliminación de Matienzo de la fórmula, molestaba a los santafesinos porque no aprovechaba que el Gobierno demoprogresista, de Santa Fe hubiera impuesto una constitución por ley de la legislatura, y entendían que Justo debió intervenir la provincia y entregársela a ellos.

Y estaban los uriburistas... Contra lo supuesto habían crecido como hongos después de la asunción de Justo al poder. Jóvenes estudiantes se juntaban en casas particulares para analizar los problemas del país: algunos encontraban las soluciones en modelos extranjeros, otros lo buscaban en el estudio de nuestras modalidades y conocimiento del pasado. Todavía lejos del «nacionalismo» como será conocido al final de la década -comprensión del coloniaje, y revisión de la historia liberal— y muy lejos de comprender que el pueblo era el depositario de la nacionalidad. Pocos, como los Irazusta y Ernesto Palacio, empezaban a darse cuenta del significado del radicalismo y miraban con otros ojos la revolución de septiembre en la que habían participado. Lo cierto es que fortificados por la demostración de pujanza y antijustismo que había sido el entierro de Uriburu, multiplicaron las ligas y legiones (con uniformes o sin él). De su importancia en 1932 da cuenta la existencia de tres diarios (*La Fronda* redactada por la Liga Republicana con apoyo conservador, *Crisol* de orientación católica dirigida primeramente por Molas Terán y después por Enrique Oses, y *Bandera Argentina* de «nacionalismo» doctrinario dirigido por Juan E. Carulla y

Jack Díaz Vieyra). La revista católica *Criterio* de Gustavo Franceschi saludaba, con reservas, ese impulso aún vago y contradictorio y abría sus páginas a escritores de esa orientación. En la oligarquía, que contaba naturalmente con la *prensa seria*, su mejor defensor resultó el socialista independiente Federico Pinedo «que siguiendo el esclarecido patriciado de otras épocas, no podía desertar la causa democrática ni lanzarse a un nacionalismo destructor, agresivo y excluyente» según sus palabras (usa Pinedo la palabra «democrático» como sinónimo de «liberal») ¹⁵. De los epígonos de la reforma del 18, Sánchez Viamonte y Julio González, abandonaron al partido demócrata progresista después del fracaso en la capital en las elecciones de 1932 y se incorporaron al socialismo donde ambos llegarían a bancas de diputados nacionales; en su cátedra de derecho público de La Plata, Sánchez Viamonte mantenía la fidelidad a la constitución del 53, mientras González descubría con desconcierto (que redundó en un único libro de valor) la raíz española de las instituciones políticas argentinas ¹⁶. En Córdoba, Deodoro Roca, *amateur* brillante, seguía en sus mordaces crónicas de *El País*, continuadas después en su periódico *Flecha*, la tradición superficial de la generación del 80 (aunque en su «revolucionarismo» se imaginara un «progresista»), mientras Saúl Tabora meditaba en el aislamiento su revista *Facundo*, donde descubría, con los caudillos federales, la realidad argentina con desconcierto de sus compañeros liberales del 18.

La tensión de los estudiantes *reformistas* se mantuvo pese a las persecuciones del uriburismo. Renace en 1931 el grupo Insurrexit (antes anarquista y ahora comunista) formado por Héctor Agosti, Ernesto Sábato, Juan Zanetti y otros que entienden, previa a toda reforma universitaria, la revolución social. En 1933 Insurrexit controla la FUA (Federación Universitaria Argentina) ¹⁷.

Entre intelectuales se forma en 1932 el «Frente de Afirmación del Nuevo Orden Espiritual» (FANOE), orientado por Saúl Tabora, donde militan Carlos Astrada, José Babini, Francisco y José Luis Romero, Juan Mantovani, Jorge Romero Brest, Alberto Baldrich, Jordán Bruno Genta. Su posición es «antifascista», y comprende todos los matices del liberalismo, desde la extrema izquierda al conformista centro. Irán desgajándose Astrada -cuyo *hegelismo* se entusiasma con el nazismo alemán (no el nacionalismo argentino)— y después de la derrota de Hitler se acercaría al marxismo; Genta, convertido al catolicismo excluyente y ultramontano que llamará «nacionalismo» (y dictará lecciones de ese «nacionalismo» personal, con éxito, a los socios del Círculo Militar), y Alberto Baldrich entusiasmado un tiempo con el nazismo alemán, y el «culto por la espada», descubrirá años después el nacionalismo argentino popular y sindicalista ¹⁸. Y el mismo Tabora que acabó en el nacionalismo.

En 1933 Rodolfo Ghioldi quiso aprovechar, en un curioso informe, el auge de la palabra «nacionalismo» a favor del comunismo. Hombre de lecturas y pensamientos ajenos, lo interpretará a la manera soviética proponiéndose fomentar las «nacionalidades indígenas que tienden a separarse (...) obreros y peones de Salta que gimen bajo el imperialismo (de Patrón Costas) (...) diversas regiones italianas con sus diferentes lenguas (...) colonias judías de ciertas zonas de Entre Ríos (...) sujeción violenta de nacionalidades oprimidas por el imperialismo dentro del marco argentino». El partido comunista debería fomentar «la autonomía nacional» de estas regiones, «hasta la completa separación», para después formar mediante la unión de minorías oprimidas la *Unión Soviética Argentina* ¹⁹.

Con poca benevolencia Rodolfo Puiggrós, por entonces militante comunista, dirá al alejarse del partido que «Ghioldi empleaba para elaborar su informe un curioso método de sustitución de nomenclaturas geográficas y étnicas del libro de Stalin, por pretendidas equivalencias argentinas. Donde leyó Cáucaso tradujo Salta, en lugar de Ucrania colocó Entre Ríos, metamorfoseó a los mingrelios, abjasianos y adharinos en tobas, araucanos y guaraníes, hizo un Bund de las colonias judías de Entre Ríos, disfrazó de georgianos a los colonos piamonteses de Santa Fe y a los genoveses de la Boca del Riachuelo» ²⁰.

¹⁴ Ernesto Palacio, *Historia de la Argentina* (ed. Biblioteca de Estudios Americanos, Buenos Aires, 1960), T. II, p. 380).

¹⁵ F. Pinedo, *En tiempos de la República* (ed. Mundo Forense, Buenos Aires, 1946), T. I, página 131.

¹⁶ J. V. González, *Filiación histórica del Gobierno representativo* (ed. La Vanguardia, Buenos Aires, 1938), 2 tomos.

¹⁷ H. Sanguinetti, *La democracia ficta (1930-1938)* (ed. La Bastilla, Buenos Aires, 1975), páginas 124 y ss. Otros datos del movimiento intelectual de 1932 han sido tomados de este libro.

¹⁸ En julio y agosto de 1937 disertaría en la Escuela Superior de Guerra y Círculo Militar, un acendrado militarismo: «el militar es el paladín de la cultura de su pueblo» (A. Potash, ob. citada, p. 153, *nota*).

¹⁹ R. Puiggrós, *La democracia fraudulenta* (ed. J. Álvarez, Buenos Aires, 1969), pp. 991 y siguientes.

²⁰ *Ibídem*.

Mitín antirrevolucionario del 18 de junio

Nicolás Repetto dice en sus *Memorias* refiriéndose a junio de 1932: «Comenzaron a circular rumores sobre la inminencia de otro golpe dirigido a encumbrar a un hombre fuerte de la provincia de Buenos Aires, quien se hallaba en acecho de una circunstancia favorable que le permitiera erigirse en un conductor investido de poderes omnímodos (...) no tardó en admitirse que el flamante Gobierno de Justo surgido de tanto fraude y ya causante de un gran descontento público sería derrocado por medio de otro cuartelazo con la colaboración eventual de destacados matones bonaerenses» ²¹.

En diputados se interpelló al ministro Melo sobre estos rumores alarmistas, con citas de Sáenz Peña, Indalecio Gómez, Rawson y Avellaneda; Melo descarta los rumores y asegura que «el país aspira nuevamente a buscar en el comicio libre la pacificación que matará toda revolución».

Federico Pinedo, socialista independiente y diputado justista, dice que «poco antes de mediados de junio de 1932 cundió en el país el rumor de que algo se preparaba en la sombra para dar en tierra por medio de la fuerza con la organización republicana y de mediana democracia que el país tenía, para reemplazarla por algo que sería posiblemente menos republicano y seguramente menos democrático» ²².

Los rumores quebraron, momentáneamente, el *status* partidario. Unidos socialistas «viejos», socialistas «independientes», demoprogresistas, radicales de Entre Ríos, la C.G.T. socialista y una «Unión Universitaria» (que suplía a la ausente Federación Universitaria) se preparó una campaña «para mantener la vigencia de la constitución» que culminó con un acto en la plaza Congreso el 18 de junio. No invitaron a los demócratas nacionales ni a los radicales por considerárseles «revolucionarios». En realidad ambos socialismos, demoprogresistas y radicales de Entre Ríos defendían las posiciones que les permitió Uriburu (gobiernos en Santa Fe y Entre Ríos, seis bancas en el Senado, sesenta y tres diputados, manejo de los sindicatos «amarillos» y participación dosificada en la universidad).

Repetto habló de «rumores siniestros» de un golpe *fascista* de «los demócratas nacionales y la oligarquía porteña», conjurado a su entender por la «feliz, oportuna y momentánea inteligencia de partidos, gremios obreros y grupos estudiantiles». Pinedo felicitó a los socialistas y demoprogresistas, opositores al Gobierno, que «con gran sentido de la responsabilidad, prescindiendo de su condición de opositores se agitan para salvar al régimen».

Los demócratas nacionales se molestaron por incluirlos entre los revolucionarios y excluirlos de las fuerzas que defendían al régimen. Pinedo ya en la pendiente que lo llevaría a ser un líder demócrata nacional, rectificó en la Cámara de Diputados la apreciación de Repetto sobre el *fascismo* de los conservadores, reconociendo «el enorme error y grave peligro de identificar con la aberración fascista los intereses de las clases altas argentinas» ²³.

²¹ N. Repetto, *Mi paso por la política (de Yrigoyen a Perón)* (ed. S. Rueda, Buenos Aires, 1957), p. 17.

²² F. Pinedo, *En tiempo de...*, I, p. 131.

²³ *Ibídem*

Empieza la conspiración de Cattáneo (junio, julio)

Atilio Cattáneo, teniente coronel de Estado Mayor de antigua y firme militancia radical, había sido apartado en septiembre de 1930, por su posición política, de los cargos con mando de tropa

y destinado a un relevamiento de fronteras en la V Región Militar (Tucumán). En julio de 1931 participa en la conspiración legalista que culminará con el levantamiento de Pomar en Corrientes.

En su libro *Plan 1932* y en sus memorias tituladas *Entre Rejas* narra como antecedente de la conspiración de 1932, la revolución de Corrientes de 1931. Da los nombres de los jefes de ésta y su propósito de entregar el Gobierno al presidente de la Corte para que, de acuerdo a la constitución y ley de acefalia, convocase a elecciones. Dice que el general Justo, por medio del teniente coronel Carlos D. Márquez, tomó contacto con los legalistas y concluyó —en casa del doctor Mariano de Vedia— una alianza según la cual Justo sería el jefe y el coronel Francisco Bosch —radical— su jefe de Estado Mayor. Como Justo consiguió de Uriburu que se llamase a elecciones presidenciales, se separó de la conspiración. Pero el teniente coronel Pomar, creyendo que el 70 por 100 del ejército lo seguiría, se lanzó a la revolución el 20 de julio apoderándose del 9.º regimiento de Corrientes; pero sólo lo siguió el mayor Álvarez Pereyra con el distrito militar de Resistencia. Cattáneo no pudo hacerlo en Tucumán por un imprevisto relevo de oficiales; la noche del 19 había salido de Tucumán a fin de ponerse al frente de los comprometidos en el regimiento 12 de Santa Fe. Fue detenido en Santiago del Estero, procesado, y dado de baja del ejército.

En libertad desde febrero de 1932 se consagró a preparar la revolución «legalista», ahora contra el Gobierno de Justo. Toma contacto con Yrigoyen a quien pone al tanto de sus propósitos. Pero Yrigoyen no quiere una revolución radical: a la revolución por la legalidad no deben hacerla los partidos, sino todo el pueblo unido. Pero una frase sibilina del caudillo entusiasma al teniente coronel: «O una gran elección o una gran revolución». Como indudablemente Justo no daría una gran elección, Cattáneo se consagra a preparar la gran revolución. Obtiene de Yrigoyen el mandato de trabajarla como *jefe civil*.

Se entrevista con los militares radicales que todavía permanecían en el ejército (coronel Francisco Bosch, tenientes coroneles Roberto Bosch y Sabino -Adalid). Son «revolucionarios», pero hay matices. Cattáneo explica el pensamiento de Yrigoyen: una revolución de «todo el pueblo» con la neutralidad del ejército. Algo así como lo del 93. Los militares en actividad entienden que ese romanticismo no es posible. La revolución debería hacerla el ejército; la misión de los civiles es preparar el ambiente.

«Si el pueblo es soberano —razonaba Cattáneo— y las fuerzas militares sólo son una parte del pueblo con funciones específicas, ¿por qué deseaban ahora transformarse en soberanas y el pueblo en su asistente?»²⁴.

Tampoco hay coincidencia en quien elevar al Gobierno. Todos están de acuerdo que, en definitiva, debe ser el presidente de la Corte Suprema para que llamase a elecciones (como había sido el plan de 1931). Pero Cattáneo entiende que la revolución debería ser una réplica a la de septiembre de 1930 y restablecer, aunque fuese simbólicamente, a Yrigoyen quien delegaría el mando en el presidente de la Corte. Los militares, más radicales que yrigoyenistas, temen que Yrigoyen se quede con el poder una vez restablecido y «restaurar al doctor Yrigoyen aunque más no fuese diez minutos sería consentir el reconocimiento de que el Gobierno del doctor Yrigoyen había sido bueno, lo que para ellos no podía aceptarse de ninguna manera»²⁵.

En consecuencia se forman dos juntas: una —llamada Civil— dirigida por Cattáneo en contacto con Yrigoyen; la otra —exclusivamente militar— que empezará sus trabajos en el ejército (Cattáneo en su libro no menciona a la Armada), con muy relativo éxito.

La política de Justo en las Fuerzas Armadas (cumplimiento estricto de los reglamentos, esquemas de trabajo, equilibrio de mandos entre legalistas y uriburistas, adquisición de nuevos armamentos y mejoras militares), y en la situación personal de los hombres de armas en sus sueldos y trato, que hacían de la carrera una isla dentro del ambiente de pobreza y angustia general, no facilitaban una conspiración que persiguiese la libertad electoral, el funcionamiento pleno de la constitución y finalidades semejantes.

Según el informe de la *junta revolucionaria militar* que menciona Cattáneo (no da la fecha pero debió ser en septiembre), la situación era deficiente: en la I división «los trabajos eran de muy escaso valor»; en la II contaban como «regular» el 5.º y 7.º de infantería, y sólo «bastante bien» el 8.º y 10.º

de caballería; en la III, fuera de la guarnición de Paraná que estaba «regular», la gendarmería «dudosa» y la aviación regional «muy poco», el resto de la división podía considerarse «bastante bien»; la IV era la división «menos trabajada»; no se podía contar con la V donde sólo estaba «bien trabajado» el 5.º de caballería, mientras el 18.º de infantería y los artilleros de montaña eran «decididamente opuestos».

En cambio, ha encontrado ambiente en los civiles. Su «organización» les enseña a fabricar granadas caseras, que entiende eficaces para combatir en las calles. Les reparte un *programa o manifiesto* con las reformas sociales y militares que propone el Gobierno revolucionario. Amigos de confianza, lo distribuyen por el interior. Uno de ellos, el mayor retirado Regino Lezcano, encargado de repartirlo por el litoral, es asesinado oscuramente el 5 de julio en Curuzú-Cuatiá, conjeturalmente por la policía que, conociendo su misión, quiere dar estado público al manifiesto que halló «casualmente» entre sus ropas.

- Reforma total de las FF.AA., supresión de los grados superiores, ascensos propuestos por el personal de cuarteles y buques.
- Lo mismo en la policía.
- Requisa, sin indemnización, de lo que se necesite para alimentar a la gente sin trabajo.
- Moratoria de dos años para todas las deudas, cualquiera fuera su origen.
- Monopolio por el Estado del comercio exterior.
- Revisación de todos los arrendamientos.
- Juicio por jurados.
- Monopolio del petróleo.
- Control obrero de las fábricas.
- Reconocimiento de las asociaciones profesionales como útiles para el país.
- Control fiscal *de* las actividades financieras e industriales ²⁶.

La supresión de los grados superiores y los *soviets* de soldados y marineros alarmaron a los oficiales de tierra y mar; las requisas y reducción de arrendamientos a los propietarios.

Las autoridades radicales se apresuran a desmentirlo. No estaban enterados de nada (lo que era cierto). Como no se encontraron en poder de Lezcano nombres ni direcciones, no pudo, perseguirse a nadie. El comité nacional trasladó su cuerpo a Buenos Aires y lo veló en el local de la calle Victoria.

Cattáneo seguirá con sus trabajos.

²⁴ A. Cattáneo, *Plan 1932* (ed. Sophos, Buenos Aires, 1959), p. 128. Análoga idea en sus memorias (*Entre rejas*). Buenos Aires, 1939 (sin pie de imprenta).

²⁵ *Ibíd.*, p. 250.

²⁶ *Ibíd.*, p. 123.

Julio: ruptura de relaciones con la República Oriental (12 de julio)

Una travesura del general Toranzo llevó a una temporaria ruptura de relaciones con el Uruguay. Ocurrió en Montevideo.

Toranzo visitó un buque de guerra uruguayo que se aprestaba a zarpar a Buenos Aires para asistir a los festejos del 9 de julio. Como sabía que sus pasos estaban vigilados por agentes argentinos, para burlar a sus seguidores descendió ocultamente.

Los pesquisas avisaron a Buenos Aires que el militar yrigoyenista iba a Buenos Aires a bordo del buque de guerra oriental. Hubo revisiones y descortesías que molestaron al Gobierno uruguayo, que, molesto, rompió relaciones.

Regreso de Alvear (21 de julio)

El 21 llega Alvear en el *Cap Arcona* recibido como de costumbre, con una gran manifestación.

«Significo lo que os falta —díjoles convencido—, y que quién sabe hasta cuándo os faltará»²⁷.

Francisco Ratto le llevó el encargo de Yrigoyen que lo visitase. Alvear se resiste, porque le parece que sería abdicar la jefatura del partido.

«¿Y el Peludo, no me hará sufrir en la amansadora?», fue la respuesta poco feliz al amigo de Yrigoyen²⁸.

Los radicales que han ido al puerto a recibirlo, recorren algunas calles en manifestación. Ocurren, espontáneos o preparados, disturbios, que permitirán a la policía allanar el comité central de la calle Victoria y hacerse de sospechosos volantes que invitan a una próxima «cita de honor».

Alvear se indigna con los «revolucionarios»: «Una conjura se estaba desarrollando al margen de la autoridad partidaria» asegura²⁹.

De vuelta al comité de la calle Victoria, después del allanamiento, Alvear extrema la buena letra. «Nada de subvertir el orden» dice a los periodistas, el radicalismo es un partido de gentes pacíficas y prudentes. La abstención había sido votada en 1931 por necesidades «ineludibles» que no se repetirán en las elecciones de renovación de la mitad de la Cámara de Diputados en marzo de 1934. Es la línea prudente, oficial, que pronto se llamaría *mayoritaria* por serlo en el Comité Nacional. Pero estaba la más yrigoyenista, fuerte en el comité de la capital presidido desde los tiempos de Yrigoyen por Pablo Torello, y que por entender que era la continuación legal del partido yrigoyenista se llamó el *Movimiento de Continuidad Jurídica*. Con ella los jóvenes: Arturo Jauretche, Homero Manzione, Carlos Menica, Roberto Tamagno, Atilio García Melliá y algunos veteranos de hondo yrigoyenismo: José Benjamín Ábalos, Juan B. Fleitas, Manuel Ortiz Pereyra. Sobre todo estaba el *Viejo* en su refugio de la calle Sarmiento. Alvear lo había desdeñado, pero nunca tuvo visitas de tantos jóvenes, recuerda Gabriel del Mazo³⁰ Trataba de infundirles calma: no debía llegarse a la ruptura con Alvear, y menos a las revoluciones como pedían los muchachos.

Cuenta Roberto Tamagno:

«Yo era dirigente radical de tendencia nacionalista, vale decir que era yrigoyenista y no transaba con la conducción impuesta al partido (...) logramos ser recibidos por don Hipólito (...). Le explicamos nuestra voluntad de rehacernos para imponer la contrarrevolución. Aquí fue lo desconcertante. Yrigoyen nos dijo terminantemente que no apoyaba ni autorizaba un movimiento armado para recuperar el poder: Las revoluciones no las *hacen los partidos políticos porque eso es deleznable: deben hacerla todas las fuerzas conjuradas de la nación al servicio de sus destinos* (...). Salí desconcertado y con no poca indignación: ahora que podíamos hacer la revolución resultaba que el jefe no la quería. Después comprendimos la sabiduría y el resultado trascendental de sus palabras»³¹.

Alvear está molesto. Ya no era el jefe único del radicalismo como en los tiempos del City. Es cierto que estaban sus amigos personales, y había conseguido arrastrar a muchos «dirigentes» yrigoyenistas que veían más posibilidades a su lado que con el difícil Viejo. Pero las bases seguían al caudillo, y éste se permitía nombramientos —como *jefe civil* a Cattáneo— pasando por su autoridad exclusivamente moral, porque el partido había sido desmantelado en 1931. Lo importante para Alvear era «reorganizarlo» con autoridades que no escuchasen al Oráculo de la

calle Sarmiento. Otra vez, como en octubre 1922, se encontraba con un Gobierno paralelo del *Peludo*.

Fue a visitarlo. Se resignó a hacerlo, acompañado de Ratto y Güemes. No hubo «amansadora». Dejó hablar a Yrigoyen, asintiendo con su estereotipada sonrisa a lo que le decía el Viejo. Que hablase lo que quisiese: después él haría las cosas como deben hacerse.

²⁷ F. Luna, *Alvear* (ed. Lib. argentinos, Buenos Aires, 1958), p. 109.

²⁸ *Ibídem*.

²⁹ *Ibídem*, p. 111.

³⁰ M. A. Scenna, *ob. cit.*, p. 28.

³¹ *Ibídem*.

La revolución radical

Dice Cattáneo que el pensamiento de Yrigoyen era que había un solo camino para devolver al país la normalidad perdida, y ese camino era la acción armada ³². Alvear aparentaba coincidir con Yrigoyen, pues las bases del partido eran revolucionarias, pero no era sincero. Esa revolución la haría «todo el ejército, y la apoyaría todo el pueblo» según el pensamiento de Yrigoyen, pero Alvear consideraba que previamente debía «hacerse una amplia reorganización partidaria para alcanzar el dominio total de la masa popular y acoplarla al movimiento. El doctor Yrigoyen no participaba de este concepto y confiaba en que el espíritu radical del pueblo y el ansioso deseo de legalidad que sentía la nación entera hacían innecesaria esa reorganización. El doctor Alvear nunca presentó una oposición franca y decidida. Por ello predominaba el pensamiento del doctor Yrigoyen, también en Alvear, por lo menos en las apariencias» ³³

Dos juntas revolucionarias preparaban el movimiento: la civil presidida por Cattáneo, y la militar de Bosch, como dije.

El 3 de octubre la Junta militar expone su punto de vista en un documento. El movimiento deberá ser «exclusivamente legal, antirrevolucionario (contrario a la revolución del 6 de septiembre) en consecuencia (...) volver en sentido integral la nación a su cauce institucional (...) por ser el respeto a los contratos legales la única forma de entendimiento y de felicidad en un Estado». Por lo tanto, debía «derrocar al actual Gobierno por su origen absolutamente antidemocrático e ilegal además fraudulento e inhumano (...). Nos proponemos que el pueblo forme un solo frente (coalición de partidos) y muestre al Gobierno su repudio». Pero «como no sería posible a las fuerzas populares de por sí luchar contra las fuerzas organizadas para la lucha: esto es, el ejército, es imprescindible el juego del ejército en el movimiento contrarrevolucionario (...). Corresponde al pueblo auspiciarlo y ayudarlo en la forma necesaria».

«La razón de que sea el ejército quien tome esta actitud, no (es) sólo por lo imprescindible de su presencia, sino también porque siendo una institución fundamental para la seguridad de la República necesita reivindicarse ante su pueblo de la ligereza cometida en horas aciagas, guiado fraccionadamente, por un teniente general de la nación, a cometer un acto sedicioso. Hay que pensar en el ejército del porvenir, el ejército que va a quedar una vez que el movimiento ocurra y tenga éxito. El ejército es de la nación (...) no puede marchar a la zaga de ningún acuerdo político por grande que éste sea porque desnaturalizaría su estructura».

El plan de la acción revolucionaria consistía «en promover un frente único civil con todos los ciudadanos argentinos, políticos o no (...) procurando por todos los medios la formación de un ambiente de rebelión pacífica que por contagio espiritual invada la creencia popular, haciendo una atmósfera de asfixia para los actuales gobernantes».

Paralelamente se formará en el ejército la fuerza militar destinada a producir por la violencia la finalidad deseada en caso de que la presión civil no de —como es presumible— los efectos buscados (...). Estará a cargo de una Junta militar que se mantendrá de acuerdo con la Junta civil formada por los jefes de todos los partidos políticos (...). Llegado el caso de actuar la Junta militar asumirá la dirección de todo», sometiéndose «los dirigentes civiles hasta que el derrocamiento se efectúe (...). Se pondrá en el poder al presidente de la Corte Suprema a título de símbolo de la legalidad al solo objeto de que en comicios libres obtenga el pueblo los representantes legales». Firmaban los coroneles Francisco Bosch y J. Paladino, tenientes coroneles Roberto Bosch y S. Adalid ³⁴.

Cattáneo se opuso. «Las Fuerzas Armadas no pueden atribuirse los derechos del pueblo», y sostuvo que él «tenía fuerzas suficientes para imponerse contra toda la defensa del Gobierno; que sólo necesitaba el apoyo fuera de la ciudad del ejército (...) por si se organizaba la defensa gubernativa con fuerzas militares». Tampoco hubo acuerdo en la asunción simbólica del mando por Yrigoyen, insistido por Cattáneo.

La junta militar entendía que las fuerzas civiles no tendrían combatividad para sostenerse; Cattáneo que las fuerzas civiles estaban en excelentes condiciones para iniciar el golpe «con gran violencia y eficacia» (...) mientras las pocas fuerzas militares (que informaba la junta militar) deberían valerse de la confusión para contener los militares gubernistas.

Con estas discrepancias la revolución se fue postergando. Cattáneo adquirió armas cortas y ordenó la fabricación de granadas caseras, que consideraba muy eficaces para el momento inicial.

Alvear no creía en la revolución de Bosch, y menos en la de Cattáneo. Oía a ambos como si estuviera de acuerdo. Era su manera de «hacer política». Sólo intervino una vez en la discusión que parecía eternizarse, sobre quien asumiría el poder. Propone el triunvirato de un militar, un marino y un civil. Cattáneo lo rechaza porque sería «ofensivo para el doctor Yrigoyen que no fuera restablecido simbólicamente», además porque no era conveniente la jefatura de militares. En realidad Alvear no toma en serio a los revolucionarios. Está entregado de cuerpo y alma a la reorganización del partido. Una vez que volviese a tener su control, nada podría hacerse sin su consentimiento explícito y él no era nada revolucionario. Inútilmente Cattáneo pide que el Comité Nacional, confirme el nombramiento que Yrigoyen le ha dado de jefe civil. Sólo recibe promesas y sonrisas.

«Frente a esta situación me decidí a conversar con el doctor Yrigoyen en su propio domicilio (...). Le confesé mi intranquilidad no por el fracaso de la acción, ni de la organización, sino porque conocía las conversaciones tendenciosas hechas a nuestras espaldas para disminuir en los amigos el espíritu de rebeldía e inculcarles el electoralismo acusando de ellos directamente al doctor Alvear.

»El doctor Yrigoyen me expresó que este dirigente no tenía propósitos deshonestos. Me dijo que era un buen radical y muy buena persona (...) que no debería preocuparme porque el pueblo estaría con la causa noble y reivindicadora y no con el mercantilismo político. Vea comandante, producido el movimiento el pueblo aplaudirá y el partido estará a sus órdenes (...). Mientras caminábamos de uno a otro extremo de la sala, se detuvo de repente y me dijo: Nunca olvide que siempre aparece lo imprevisto, y que todo eso que usted ha hecho, se derrumba en un segundo, y se deshace como por efecto de una explosión»³⁵.

Como una bomba casera «deshizo todo lo hecho y echó todo por tierra —pensará después Cattáneo—. Me convencí una vez más de que este hombre poseía cualidades tan poco comunes, que le hacían prever hasta los hechos más inesperados. ¡Estaría, acaso, en conocimiento de algo!...»³⁶.

Los desacuerdos de los comandos civil y militar y la dudosa actitud de Alvear hicieron que la revolución se fuese postergando. Hasta que Cattáneo fijó el 21 de diciembre a las cuatro de la mañana para su estallido.

³² A. Cattáneo, *Plan...*, p. 110 y *Entre rejas*, p. 125.

³³ *Ibidem*, *Plan...*, p. 110.

³⁴ *Ibidem*, pp. 115-117 (cursivas, originales).

³⁵ *Ibidem*, p. 146

³⁶ *Ibidem*. o. 146

Silbatina a Justo en el hipódromo (9 de octubre)

En el angustioso ambiente, el único en mantener firmes los nervios y plácida la cara era Justo. Sólo la perdería, por algunos minutos, la tarde del 9 de octubre en el hipódromo argentino.

Se iba a correr el Gran Premio Nacional. Era tradición que los jefes de Estado lo presenciaran desde la tribuna oficial, y, podría decirse, que era parte del programa la entrada por la pista de la carroza presidencial portando al presidente y al ministro de Agricultura. Todos los presidentes, menos Yrigoyen que no gustaba de las exhibiciones, lo cumplieron y brindaron con champán por el caballo ganador.

Pero esa tarde ocurrirá algo que podía preverse, puesto que la presencia de Justo no movía al entusiasmo. Apenas la carroza llegó a la altura de las populares una estruendosa silbatina lo saludó como si fuera un jockey que con malas artes se hubiera impuesto en la carrera. Se dijo después que aquello fue preparado por los radicales o los nacionalistas, pero fue tan unánime y estruendoso que demostró su espontaneidad. Si hubiera sido preparado (como la silbatina al ministro Fleitas en 1930 en la Rural) se habría sentido el chiflido de pitos. Pero esto fue silbar espontáneamente, con los dedos en la boca.

Justo ordenó detener el carruaje, de pie enfrentó a la multitud sin conseguir que el escándalo disminuyera. Por el contrario. La policía creyó prudente rodear el coche por si algún desmandado saltaba la verja. Pero era sólo una expresión de repudio, espontánea. Justo, ante los pedidos insistentes de De Tomaso, nada acostumbrado a esas unanimidades, ordenó al cochero que siguiera despidiéndose con un corte de manga de los silbantes.

En desagravio, el presidente del Jockey ordenó a los empleados que lo recibieran con aplausos al llegar a la tribuna oficial y seguramente se sumaron algunos socios.

Justo demostró su coraje, pero también el repudio que despertaba. Era la primera vez que se silbaba a un presidente en el hipódromo. Los del *régimen*, si bien no estaban elegidos por el pueblo, habían sido asentidos por éste. En adelante Justo debió tomar sus precauciones. No habrá silbatinas para sus sucesores, tampoco elegidos por el pueblo pero al parecer asentidos. Volverán a oírse silbidos después de la revolución de 1955, y la prudencia aconsejó suprimir en adelante este paseo.

EL BIBLIOTE.COM

«Velando las armas» (noviembre, diciembre)

Los rumores revolucionarios trascendían. No se explicaban los uriburistas la pasividad de la policía que dejaba pegar carteles radicales anunciando una asonada a la vez radical, comunista y anarquista. Se decía que el comité organizador de la misma estaba en Montevideo.

Justo parecía no temerla. Los grupos nacionalistas que se creían indispensables, «velaban las armas» como dice uno de los jóvenes de la Liga Republicana. Casi todos los días recibían informes de «que esta noche será la cosa» y formaban cantones armados a revólveres para contener la acometida de los *apátridas*. Pasaban las noches, y nada sobrevenía. «Estamos viviendo sobre un volcán» imagina el mencionado joven Iburguren en su *diario íntimo* el 4 de diciembre, después de haber dejado constancia de las medidas de combate tomadas en los días anteriores aunque «nada de revelador ha ocurrido como para dar crédito a las alarmas que circulan por toda la ciudad». La culpa la tiene a su juicio el Gobierno «que está indeciso, palpando la impotencia de su política suicida (...): los yrigoyenistas conspiran, amenazan y prometen; los comunistas despotrican; los descontentos y desengañados protestan». Pero nada ocurre.

Rafael Campos, de la *Legión de Mayo* que ha sido resucitada, trae a los muchachos acantonados un dato precioso pues es amigo personal de Justo y Leopoldo Melo: en el Ministerio del Interior se sabe que el golpe será el 5 o el 6 pues se ha descifrado un cable de Montevideo con instrucciones a los comunistas para actuar «con los radicales, las federaciones obreras y los estudiantes». Pero los revolucionarios debieron postergarla pues pasa el 6, y los acantonados siguen velando las armas.

El 8 la cosa parece seria. «Las alarmas no tardaron en propagarse por todas partes», y la Liga Republicana se resolvió a actuar: «A las dos de la mañana deberíamos reunirnos con los demás grupos en el club hípico donde el teniente coronel Pelleson (jefe de granaderos) nos impartiría las órdenes. El golpe radical-comunista estaba anunciado para esta madrugada a las cuatro horas».

No se trataba de defender a Justo (eso quedaba para Rafael Campos). El general Accame comandante de la I Región Militar (Palermo), y el teniente coronel Pelleson, ayudados por los republicanos, someterían a los radicales y comunistas. Después seguirían hasta la Casa de Gobierno, depondrían a Justo y establecerán un gobierno más serio.

«A último momento —sigue el diario de Ibarguren— y ya en las verjas del club hípico, Roberto L. (Laferrere) llegó del cuartel de granaderos a caballo con el anuncio de que allí todo estaba tranquilo. El teniente coronel Pelleson y el general Accame se habían retirado a sus casas. A las tres volvimos todos al centro, hartos de rumores y cansados de esperar en vano»³⁷.

El 13 de diciembre, en una reunión de las juntas militares y civiles para decidir la revolución, el coronel Avelino Álvarez, el jefe más prestigioso de la junta militar «consideró —dice Cattáneo— que las fuerzas militares denunciadas como existentes y comprometidas no eran suficientes para iniciar la acción, y acto seguido retiró su palabra de compromiso y abandonó la tarea y la reunión...». Se marchó ante el estupor de todos³⁸.

Pese a la desertión de Álvarez se resolvió la revolución para el 21 de diciembre a las cuatro y media de la mañana a pedido de Cattáneo.

«El coronel Bosch tenía fuerzas de caballería suficientes para imponerse de primera intención y en el primer momento —dice Cattáneo—. Yo tomaría fácilmente el departamento de policía, donde tenía en su personal una elevada cantidad de comprometidos. Después unidas las fuerzas militares con las policiales y las civiles, tomaríamos el Arsenal de Guerra, con lo que armaría toda la concentración de civiles a cargo de los encargados de parroquias. Existía el 90 por 100 de posibilidades de que la ciudad de Buenos Aires cayera en nuestras manos.

»El general Justo caería en nuestras manos (...) igual cosa ocurriría con el vicepresidente y con los ministros...

»Salimos de la reunión convencidos de que nada podría impedir la realización de nuestros propósitos»³⁹.

No dice Cattáneo cuáles eran las demás fuerzas civiles que colaborarían con el radicalismo; sólo hace una vaga referencia a que otros militares —no él— habían hablado a los jefes de los partidos no radicales. Nada tampoco de los estudiantes que se decía comprometidos. Conjeturablemente había mucha imaginación en el jefe revolucionario. Siete años después, al escribir sus «memorias» diría Cattáneo: «Lo que no puedo explicarme y no me lo explicaré jamás, es por qué los jefes comprometidos permanecieron inactivos»⁴⁰.

En la noche del 15 de diciembre unas bombas caseras guardadas para la emergencia en la casa de un tal Luzuriaga, estallan imprevistamente. El dueño de casa y sus moradores escapan con tanta premura que abandonan la lista de quienes deberían recibir los artefactos, junto con papeles comprometedores de las andanzas de Cattáneo. Se allana la casa de éste, secuestrándose planes de acción, manuales de combate y más listas de implicados. Estaban en clave; pero también estaba la clave para descifrarlos.

Se apresa a Yrigoyen que con sus ochenta años será llevado al 25 de Mayo: el anciano, desconcertado, va murmurando « ¡Yo con las bombas!» En el buque de guerra se encuentra con Alvear echando ternos, y los vocales del Comité Nacional y principales figuras del radicalismo, Pueyrredón, Güemes, Tamborini; hasta el general Dellepiane alejado de toda acción política. Justo no va a desaprovechar la oportunidad de obstruir la reorganización del radicalismo. La policía cierra los comités, informando que están repletos de bombas, armas y papeles subversivos. También son detenidos algunos comunistas para darle más sabor al complot.

El Congreso, que estaba en receso, es reunido en extraordinarias el 19 para votar el estado de sitio.

Legionarios y republicanos se lanzan a la calle en busca de los revolucionarios para cobrarse la larga espera. Encuentran «una agitación reveladora, el ir y venir de gente curiosa e interesada y cuchicheo en los corrillos pero no consiguen individualizar a ningún rebelde». En los cuarteles, que suponen en estado de alerta, la tranquilidad es absoluta⁴¹.

Yrigoyen es trasladado la misma noche del buque de guerra a Martín García. Su estado de salud es delicado; tres días después Alvear y Güemes lo siguen a la isla. Don Hipólito no estará

mucho; para que no se muriera en Martín García lo devuelven poco menos que en secreto, a la casa de su sobrino en Buenos Aires.

Alvear y Güemes seguirán en Martín García, pese al *habeas corpus* favorable, que les han tramitado sus abogados. Alvear, invocando el derecho de opción quisiera volverse a París. No será necesario, porque poco después se levanta el estado de sitio y todos pueden regresar a Buenos Aires. También llegan de sus confinamientos en San Julián, Pueyrredón, Tamborini y Noel y los radicales que consiguieron escapar al Uruguay.

³⁷ F. Ibarguren, *Origen del nacionalismo...*, pp. 145-146.

³⁸ El coronel Avelino Álvarez, jefe de la Escuela de Infantería en Campo de Mayo el 6 de septiembre, había impedido que ese acantonamiento se pronunciara por la revolución. Después de este episodio sería ascendido a general, y en el Gobierno de Ortiz tendría el alto cargo de cuartelmaestre general del ejército.

³⁹ A. Cattáneo, *Plan...*, p. 154. Cuando el Ministerio del Interior informó falsamente después de abatido el golpe, que en el plan revolucionario de Cattáneo estaba «entregar durante 48 horas la ciudad a los anarquistas», puso en situación violenta al coronel Álvarez no obstante haberse retirado de la revolución. Cattáneo le hizo escribir por Juan Giordano «desvirtuando esa infame acusación» (p. 216).

⁴⁰ A. E. Cattáneo, *Entre rejas*, p. 132.

⁴¹ F. Ibarguren, *Origen, etc...*, p. 147.